

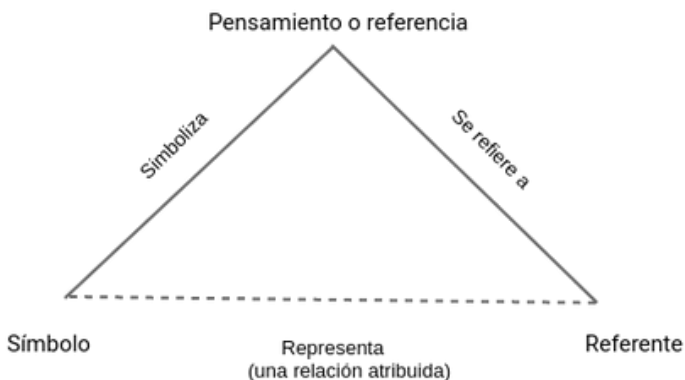
ESTAR EN LA TRAP

Dos factos teóricos

Triángulo semiótico

El lenguaje ha ido construyéndose sobre un inmenso territorio de mediciones a través las cuales nombrar el objeto, ósea llevarlo l'abstracto.

La historia del lenguaje es progresiva: más se desarrolla la técnica más los signos, los símbolos, las mediaciones, empiezan a tener más importancia de las cosas, de los referentes, de los objetos.



La memoria no se constituye en la objetividad del símbolo
sino en la subjetividad de la consciencia.
Esto significa que a la aparente firmeza de una mediación,
como lo era la escritura,
que logra consolidar el tiempo presente,
corresponde el riesgo de una seguridad engañosa
de sus signos, de las letras.

Es por esto que la progresiva solidificación
de las estructuras semánticas
configura el lenguaje como objeto de sí mismo.
El símbolo simboliza una referencia que,
paradójicamente,
se aleja siempre más del referente:
se constituye la idea.

El proceso de este “idealismo”
gracias a las innovaciones técnicas llega, hoy,
a hacer de la imagen digital el medio principal del lenguaje,
el signo que sostiene lo real:
la idea, el reflejo de la realidad,
acaba por ser lo que se ve en una imagen,
y por ende no hay otro ser de lo visto.

Música, escritura, pintura,
cualquier forma de símbolo
tiende a ser concebida como imagen.

La imagen digital es la infraestructura
que nos permite comunicar.

La mirada es la acción prerrogativa.

El proceso mental de la mirada
dura fracciones de segundos,
así que en fracciones de segundos
se mide la distancias
entre símbolo y pensamiento.

El referente, el plano real,
no tiene cuasi espacio ni tiempo
para manifestarse.

Lógica de representación

Un sistema semiótico es un régimen de saber y poder
que genera un sistema de valores.

Para que un sistema de valores sea efectivo,
cuerpos y facultades imaginativas
tienen que estar controladas,
o podemos decir atrapadas,
en su lógica de representación.

Un relato de libertad nace por ciertas exigencias
pero es víctima que se vuelve ejecutor.

Un relato para que exista tiene que ser contado,
y para que se cuente tiene que ser escuchado y repetido.

Nuestra fuerza, atrapada, es separada del deseo
y de su capacidad de practicar nuevas relaciones
y abrir nuevos espacios de libertad
afuera del relato contemporáneo que, como todos,
nos promete libertad.

En este sentido el lenguaje
es el fundamento del poder dominante
y el origen de todos sus dispositivos.

En el sistema semiótico sostenido por la imagen digital
aparte de la visión hay también el saber que se ha visto.

La mente organiza la exterioridad y hace de las ideas
(referencia + símbolo) el objeto (referente):

el pensamiento se auto-justifica

y lo que se piensa deviene lo que se ve.

Se produce la situación paradójica del visto previo al ver.

Una tautología.

Una consciencia no preparada al devenir,
cementificada, prejuzgante y prejuzgada.

Imagen post-fotográfica (digital)

significa aceleración e intensificación:

el referente no tiene cuasi tiempo ni espacio
para ser contemplado, elaborado, puesto en duda.

Los criterios de valor

que dan continuidad a la actividad intelectual

son el cambio y el nuevo,

ósea la valorización y desvalorización inmediata
de cualquier cosa.

Somos lenguaje muerto

El vacío que ha dejado la pérdida del referente
tiende a rellenarse con un monologo identitario:
el sujeto convierte el “otro”, el objeto,
en un estímulo que lo interpela,
al cual responde sosteniéndose en las ideas previas,
en esta mente anterior a la experiencia,
tautológica,
forzando, con la respuesta, la producción de su identidad.

El problema, entonces, se articula entre el “yo” y el “otro”,
entre sujeto y objeto,
en los términos que no hay una verdadera relación
con la alteridad, sino una afirmación de la individualidad,
o mejor dicho, no hay un diálogo, sino un monólogo.

Pero si no hay un diálogo la identidad que pretende producirse
es por sí misma silenciosa,
vacía,
puramente ideal,
ocupa el espacio de la no-verdad porque no es lenguaje vivo.

A cada uno le es dado un espacio - digital -
para afirmarse y justificarse a su manera.

Una crítica al arte

No hay nada para expresar

El avance tecnológico,
la furia de las imágenes que de ello deriva,
y entonces la fractura interna del lenguaje,
hacen que para el arte todo sea posible pero,
en el mismo tiempo, que nada se quede para descubrir,
desear.

Cada artista, aún cada obra de arte,
hace historia para sí misma,
al igual que cada identidad se explica por sí misma.
Todo acontece en un régimen
de pluralismo y relativismo sin referentes.
Digamos en una libertad que corresponde
con la caída de una tensión,
de las tendencias.

No hay más metas a las cuales tender,
y el hacer arte es un moverse caótico,
entrópico,
hasta que al final nada se ha movido.

De hecho la filosofía postmoderna
es aquel pensamiento débil
que proyecta el eslogan de Nietzsche
“ No hay hechos, solo interpretaciones”.
Realidad y verdad serían nociones ingenuas
que no resisten a un análisis deconstructivista.

Con el fin de las tendencias
y la venida de esta entropía post-histórica,
costaría individuar el arte respecto a la “simple” creatividad.

Si todos es arte, como todo es interpretación,
entonces nada es arte:
el arte se disolvería en la democratización de la creatividad,
y en la inagotable producción de imágenes.

Si no hay arte,
o por lo menos no se consigue individuar su especificidad,
no hay tampoco la catarsis,
ósea aquel proceso en el cual los individuos
se reconocen en una obra
en cuanto iguales en las pasiones humanas
y se hacen, por ende, colectividad.

Imaginar una vida peor

Sin diálogo, sin colectividad,
asistimos a la sustitución de la esfera social y relacional
por un jadear de identidades.

La realidad corporal, relacional y colectiva se pierde
en favor de una virtualidad algorítmica adherente a l'usuario.

Constante ruido de fondo que se parece al silencio,
multitud que se parece a la nada.

Desde ese vivir fragmentado
es necesario rebuscar la cadena de la existencia,
reencontrar los límites que nos hacen humanos, colectividad.

Si todo está hecho
no nos queda que adoptar una mirada negativa
capaz de imaginar una vida diferente,
emancipada de este régimen,
solo imaginándose peor.

Sadness is rebellion

El dolor es por su inmanencia una fuerza destituyente.

El sufrir distingue la realidad,
porque actúa una conexión con el presente
diametralmente opuesta al universo de las ideas:
el dolor no conserva explicaciones o fundamentos,
porque es dolor justo por su absurdidad y contingencia.

La contingencia de lo real,
su mueca sufrida,
se presenta como aquel momento
en el cual nos viene dado lo que somos:
poder de afección.

La potencialidad del dolor,
en cada ocasión que el efecto de lo real
se escribe sobre el cuerpo,
es actualizar la experiencia de vida:
el sujeto pasa a ser un cuerpo expuesto
a la contigüidad con la realidad,
y por ende se libera la posibilidad del saber corporal;
los sentidos, la sexualidad, el placer, el erotismo...

Concebir la insensatez de la realidad,
el “no hay nada más para expresar”,
no como principio del malestar,
sino como pradera en flor para desprender
esa unidad infinita de riqueza de vida
a la cual cada cuerpo es susceptible.

Huir al centro

Actitud negativa
se traduce en la práctica artística
como huir al centro.

El arte se distingue del producto
ofreciéndose brutalmente como producto,
yendo más allá del icono, del símbolo,
del simulacro,
allá donde la imagen que tenía vida autónoma
se fracasa en contra de algo que no se hace trascender más:
se presenta un límite duro.

La libertad permanecida es la negación del positivo.
La creatividad difusa es el positivo,
porque es la afirmación democratizada,
es el terreno del régimen de representaciones.

La creatividad difusa
reiterando el positivo
no crea si no repite, conserva
, alejándose exponencialmente de la realidad.
Padecemos su carencia en la intimidad,
no sentimos solos,
confiamos cada uno en su simulacro personal.

La creatividad difusa
aparentemente se sustenta por sí misma
y no tiene deudas,
pero en su absolutismo se ha olvidado
de dar cuenta a una realidad siempre más punzante
cuanto más descuidada.

Apagarse como una verdadera estrella

En esta nueva fase
no es tanto importante la imagen
que el artista tiene en la cabeza,
si no la intensidad con la cual logra oler el real.

La obra de arte tiene que estar al lado
de las expresiones figurativas otras
para liberarse de su pretendida autonomía
y comprender como rehacerse intérprete
de una visión del mundo.

Los artistas solo pueden ser parte ...

----- Part Off (divertido juego de palabra
que he hecho con Pop Art:
arte y pop se condensan.
Y con Off
en el sentido de “de”
pero también de “apagado”) -----

... de las miríadas de makers digitales
del “broadcast yourself”.

El maker corre el riesgo de quedarse atrapado
en su status quo positivo
y necesita practicar el pasaje hacia una dimensión liberadora,
necesita negar el positivo,
o bien imaginar una vida peor.

Pop y arte se han condensado,
ya no hay producciones
- consideradas arte -
que no sean pop,
de igual que cada prosumer
- considerado artista (se mire el lenguaje de Spotify) -
es inevitablemente una popstar.

En este broadcast yourself generalizado todos brillan
sin que nadie pueda ser La estrella.

Es necesaria hambre de realidad
para devorar la carne de un espectro de definiciones ya saturado.

Hay que hacer gritar aquel ruido de fondo,
debido al agotamiento
- al ya hablado -
de cualquier lenguaje practicable,
que parece silencio.

Hay que llegar a los osos
y a la voz más límpida de una realidad sufrida,
escondida bajo el espectro de la creatividad difusa:
esta es la función del arte hoy,
y su dificultad en distinguirla
entre los millardos de productos de los creativos del web
es la naturaleza de su fuerza.

Serán los makers de este ecosistema creativo popular que,
renunciando a alas veleidades empresariales,
hoy todavía
- Ay! -
atractivas,
podrán di-versar el pop para encontrar el arte.



Crecidos allí conocerán la tierra,
podrán cavar,
conocerán el cielo,
podrán caer,
y así encontrar los osos bajo el suelo,
bajo la carne devorada
por hambre de lo real
o adelgazada
por anorexia de lo real,
encontrarán el dolor de la caída,
el dolor que distingue la realidad,
lo real en sí
que la estrella,
irreconocible entre tantas,
solo si se apaga, exhibe.

Trap y auto-tune para una nueva catarsis

La música bella no genera nada

La fusión, causada por la pérdida del referente,
entre símbolo y pensamiento
comporta que
el mensajero sea el mensaje,
el performer la performace,
el cuerpo el espíritu.

El artista, cantante, performer, del cual tratamos
se acerca a un ser sagrado,
tautológico.

Su música es solipsismo sonoro:
lenguaje muerto
es deliberadamente puesto en práctica en la creación.

Los creativos felices
se extrañan frente al creativo más triste.
Los creativos se piensan únicos,
universos de distintos colores,
distintas únicas identidades.

Pero identidad se basa
sobre una unidad mínima de información
que se explica a si misma:

somos meme, pensamos meme,
vemos meme, nos movemos meme, hablamos meme.

Cada identidad afirma su unicidad
pero unicidad es virtualidad desencarnada,
y carnicería de lo real,
es derrota del eros y triunfo del ego.

La afirmación del positivo de los creativos felices
es puesta en crisis por la práctica del negativo
del creativo más triste,
el artista.

El lenguaje como dispositivo de poder
es puesto en crisis por la práctica del lenguaje muerto.

La tautología
es puesta en crisis por el solipsismo:

la música bella no genera nada.

Callado e hiper-activo

Si el lenguaje es poder
el slang es resistencia.

Slang en la Trap se individúa en la mudez y en la hiper-actividad.

Callarse es la vía
para entrar en contacto
con una resistencia
que no se hace reducir a lo que el “yo” podría decir:
el “otro” como dimensión que el “yo” no puede nombrar,
así como el lenguaje no puede nunca nombrar las cosas,
sin matarlas.

La mudez en su apariencia inánime es latencia poética.

Palabras no dichas,
aTRAPadas,
son expresión residual de toda una vida que no se cuenta,
pero en la cual todos nos reconocemos:
el no dicho se hace vector de catarsis.

La lírica trap, la lírica atrapada,
canta de algo que habla cuanto el silencio.

El artista trap, el artista atrapado,
renuncia a su timbro y deglute las palabras,
derrita el nodo a la garganta
dándose a la trampa y llorando más fuerte.

La latencia poética, el eco del no dicho,
corresponde a la deceleración de los bpm
y a la letárgica del auto-tune.

Anti-groove, contra-impulso, frecuencia cardíaca en reposo,
son factores que indican un reencuentro con el límite:
el ritmo de mañana es el futuro que se hace humano.

La hiperactividad es un efecto imprevisto
de la exposición a la furia de las imágenes,
y cuando se transforma en música
desestabiliza completamente la enunciación.

El auto-tune non es más un instrumento
para uniformar las voces
limpiándola de irregularidades.
El auto-tune es un instrumento
para acentuar el trémolo,
y provocar nuevos sonidos
para los cuales no tenemos palabras.

El auto-tune hiper-activo sensacionaliza las emociones,
el efecto infunde en la voz un estremecimiento
que deja pensar al llanto.

Los pattern mentales
y las patologías cognitivas del futuro computerizado
producen un residuo
que muestra el límite contra el cual todos chocamos,
el negativo que restituye humanidad.

La voz vuelve a ser el centro del arte,
la expresión humana es exigencia principal.

Escuchar la trap es percibir
que cada segundo es génesis o apocalipsis.

No hay tiempo para la estetización del cotidiano
del broadcast yourself,
para el dominio de la banalidad.

No hay espacio para el ego,
para la producción de una identidad.

El timbro de la persona tras el micrófono es irreconocible,
la identidad se abstrae y la voz se multiplica.

En una existencia digital miserable y sórdida,
que habla un lenguaje muerto e impide la comunicación,
una trampa,

la Trap es el sonido del hic et nunc.

Catarsis. La voz atrapada es ahora la voz de la humanidad.

El ego ha muerto para el eros.